

Las telecomunicaciones, diez años después

La pasada semana se celebró en España el décimo aniversario de la liberalización de las telecomunicaciones. La Comisión del Mercado de las Telecomunicaciones convocó con este motivo un encuentro al que acudieron las principales personalidades del sector, tanto reguladores como regulados. Por lo que he podido ver, de los testimonios que me han llegado, las posiciones eran contradictorias. Algunos exaltaron lo conseguido. Otros, ante el régimen que se vislumbra en el horizonte para el nuevo tendido de redes de fibra óptica, resumían la situación diciendo: renace el monopolio.

Seamos serios. España ha enfrentado la liberalización de este sector con un rotundo éxito. Después de diez años, el país dispone de una variada infraestructura de redes, fijas y móviles. En muchas áreas del país disponemos de una red de cable moderna, que ofrece excelentes servicios y compite fuertemente con la red telefónica; en las grandes ciudades, se suman las redes de nicho empresariales y la presencia de múltiples operadores de red fija con acceso indirecto (es decir, a través de la red de Telefónica) en la última milla. A ello se añade el extraordinario desarrollo de la red de telefonía móvil con cuatro operadores plenos y otros muchos virtuales, y una gran variedad de servicios. Ya no hay clientes cautivos; cada español puede elegir hoy entre múltiples oferentes de servicios de voz, de internet o de audiovisual. En España hay aproximadamente 16,5 millones de familias. Entre el operador telefónico y los de cable, el año pasado tenían instalados 25 millones de accesos al hogar; más de la mitad de las familias y empresas españolas tienen ya a su disposición, activables en un par de días, 8.109.584 accesos de los operadores de cable a los que pueden cambiarse cuando lo deseen; otros 9.698.080 accesos de bucle desagregado; y, naturalmente, la oferta de Telefónica sobre los mismos 9.698.080 accesos (fuente: CMT, "Informe anual 2007"). No está nada mal, para un país como España. No parece que perviva el monopolio.

Naturalmente, llevar a cabo esta transformación ha exigido una enorme inversión. La formación bruta de capital fijo en el conjunto del sector en Europa se situó en 326.000 millones de euros en 2007 (en 1998 era sólo de 124.000 millones). Las redes fijas representan una pequeña fracción del conjunto. Según un reciente informe de la consultora CEBR en la Unión Europea los servicios de red fija aportaron dicho año a la economía 44.000 millones de euros, frente a 80.000 de la

telefonía móvil, o a los 65.000 de radios y televisiones, Y los servicios de banda ancha aún representan mucho menos, unos escuetos 14.000 millones para 27 países. Es decir, que los servicios tradicionales de red fija y banda ancha representan poco más del 16% del total del sector, con lo que se sostienen las dos grandes redes que canalizan la mayoría del tráfico (las redes móviles prestan servicios de mayor valor añadido, pero de menor capacidad). Recuérdese que la red española de los operadores de cable tuvo que construirse desde cero, ya que en 1998 estábamos apenas saliendo de aquellos pintorescos “vídeos comunitarios” de comienzos de los ’90, y que la de Telefónica está casi totalmente renovada, con un ADSL de capacidades impensables hace diez años.

Pero lo hecho hasta ahora no es mucho, comparado con lo que las nuevas demandas exigen hoy, si queremos que Europa -y España- sigan manteniéndose en el liderazgo mundial de las tecnologías de la información. Las redes soportan una oleada de contenidos audiovisuales cuya entidad actual abruma, pero que no es nada comparada con lo que ha de venir. Por eso tenemos que ir a la fibra óptica. Hoy, para mantenerse, las redes fijas tienen que hacer ofertas triples (voz, Internet y TV); y la parte audiovisual de estas ofertas demanda cada vez más recursos de red. Para que se puedan desarrollar las redes de alta velocidad móvil y banda ancha fija -las llamadas “redes de nueva generación”- hacen falta una nueva y gran inversión, que sólo llegará si hay un marco de regulación adecuada. Telefónica ha apostado por la fibra; en realidad, no le quedaba otro remedio ante el empuje de los cableros en el segmento de los 30 Mbps y superior; ha de hacerlo compartiendo conductos allí donde existe competencia, porque los cableros están activos; y tiene que compartir su fibra con terceros operadores allí todavía no haya competencia real; todo ello con un período transitorio para la adaptación de los actuales operadores de bucle desagregado. La CMT ha entendido que este régimen de acceso a la nueva red resulta razonable (¡y tanto que lo es!), pero a la Comisión Europea le parece todavía poco; y algunos operadores, que no quieren arriesgar (es decir, invertir) dicen que esto conduce de nuevo al monopolio (en banda ancha). Esta es la polémica planteada en la conmemoración de los diez años.

En mi opinión -y en la de muchos otros- el ciclo de las viejas redes telefónicas ha terminado. Hoy, o vendes comunicaciones convergentes, es decir, multimedia, o desapareces. Las redes tienen que vender para sobrevivir. Adviértase bien que digo “*vender*”, esto es, tener contacto con el cliente final y no simplemente “*transportar*” lo que vendan otros. Me asombra que los tecnócratas de la Comisión Europea pretendan separar funcionalmente redes y servicios, e imponer a los titulares de las redes un régimen de “*common carrier*”; y luego les digan que no se preocupen, que tienen ya cuantificado el porcentaje de ganancia que se les va a

reconocer por los servicios que presten. ¿Volvemos al modelo de regulación del *cost plus*? Francamente, para este viaje no hacían falta alforjas.

En España, en estos años, hemos demostrado que sabemos construir redes y que sabemos hacerlas competir. Cargas injustificadas sobre la nueva fibra óptica podrían paralizar la inversión y el presidente de Telefónica así lo ha hecho saber, precisamente en Bruselas. Si vamos a un modelo de, al menos, dos redes fijas, tres o cuatro móviles y algunas más “de nicho”, debemos mantener el actual impulso y, a estos efectos, el sector público y el sector privado deben trabajar juntos cuando sea necesario. Si hay inversión disponible, no debemos espantarla, mucho menos en estos momentos. ONO –que ha acreditado un gran dinamismo- necesita nuevo estímulo para mantener su política de inversiones; los operadores de bucle desagregado deben convencerse de que la solución es invertir, ellos también, en su propia fibra y no esperar a que otros lo hagan. Éste es mi balance: en España hemos hecho bien, por nuestra cuenta, la transición desde el teléfono y el video comunitario hasta el “*triple play*” y la banda ancha de cien megas, que permitirá innumerables servicios a los ciudadanos. En su día, renunciamos a ciertos beneficios que nos concedía la U.E. y apostamos decididamente por el cable, sin que nadie nos lo ordenara. Ahora debemos hacer también por nuestra cuenta la transición del cobre a la fibra, guste o no guste a la Comisaria Kroes, cuya visión no coincide precisamente con la española.

Gaspar Ariño Ortiz
Madrid, 16 de diciembre de 2008